PSICOTECA MAYOR

Jean Bergeret

La Personalidad Normal y Patológica

gedisa editorial

Título del original en francés:
La personnalité normale et pathologique
© Dunod, 1974

Traducción: María Angélica Semilla

Diseño de cubierta: Rolando Memelsdorff

Segunda reimpresión: abril de 2001, Barcelona
Tercera reimpresión: mayo de 2005, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
http://www.gedisa.com

ISBN: 84–7432–091-7
Despósito legal: SE-2959-2005 European Union

Impreso por Publidisa

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

1

Estructuras y normalidad

1. *LA NOCIÓN DE «NORMALIDAD»*

Cierto es que el empleo de la noción de «normalidad» presenta riesgos indiscutibles en manos de quienes detentan la autoridad médica o política, social o cultural, económica y filosófica, moral, jurídica o estética, y, por qué no, también intelectual. La historia antigua y contemporánea, tanto de las comunidades como de las ideologías, grandes o pequeñas, nos ofrece crueles ejemplos de ello, además de permitirnos comprobar que cada una de ellas retiene solamente representaciones muy selectivas, en función de sus opciones personales.

Si la «normalidad» se refiere a un porcentaje mayoritario de comportamientos o puntos de vista, desdichados quienes pertenecen a la minoría. Sí, por otra parte, la «normalidad» se transforma en función de un *ideal* colectivo, ya conocemos de sobra los riesgos a que se ven expuestas incluso la mayorías, dado que quienes se adjudican la vocación de defender por la fuerza dicho ideal las reducen al silencio; se proponen así limitar a ese ideal el desarrollo afectivo de los demás después de haberse visto bloqueados ellos mismos por él, y de haber elaborado, secundariamente, sutiles justificaciones defensivas.

De hecho, la «normalidad» se enfoca en la mayoría de los casos en relación con los demás, con el ideal o la regla. Para intentar seguir siendo o llegar a ser «normal», el niño se identifica con los «mayores», y el ansioso les imita. En ambos casos la pregunta manifiesta se enuncia de la siguiente manera: «¿Cómo hacen los otros?» y se sobreentiende: «¿Cómo hacen los mayores?»

Ahora bien, el verdadero problema que plantea el eventual reconocimiento de una «normalidad» tal vez no se sitúe en este nivel, entre estos dos falsos aspectos objetivos: los demás o el ideal.

El poderío atómico ha arrastrado al mundo a las tragedias que todos conocemos y, sin embargo, ni siquiera los más pacifistas pueden negar la existencia del átomo. Por ende, ¿por qué habríamos de negar la necesidad de una noción de «normalidad»?

Si, en lugar de formular (o temer) continuamente juicios de valor *con relación a los demás* en cuanto a una eventual «normalidad», que demasiado a menudo y lamentablemente se concibe en este sentido, antepusiéramos la comprobación de *buen funcionamiento interior* que dicha noción puede comportar, teniendo en cuenta los datos particulares de cada individuo (aun cuando se vea muy limitado en sus posibilidades personales, de manera ocasional o duradera), me parece que podríamos encarar las cosas de otro modo que como simples defensas proyectivas, o como proselitismo invasor e inquietante.

Sin embargo, no es fácil encontrar interlocutores que acepten discutir un aspecto *subjetivo*, eminentemente matizado y variable, de «normalidad» en función de las realidades profundas de cada uno.

Por una parte, la tentación sádica nos lleva inmediatamente a las estadísticas o los ideales. Por otra, la tentación masoquista y «pauperista» desencadena una alergia inmediata y cargada de horror ante todos los compuestos de la palabra «norma» [1].

En el primer caso, nos hallamos prisioneros, por una parte, de un imperialismo que se apodera de la *noción* para intentar salvaguardar los privilegios que esta última ha avalado durante tanto tiempo, y en el otro caso nos enfrentamos con un rechazo del *término*, en razón de

1. En latín el término *norma* corresponde, en su sentido específico, al instrumento de arquitectura que en francés se llama *équerre* (escuadra), y sólo volvemos a encontrarlo más tardíamente en Cicerón, Horacio o Plinio, en un empleo secundario y figurado, con el sentido de regla, modelo o ejemplo. El primer significado determina solamente el ángulo funcionalmente más ventajoso para articular dos planos en una construcción, y no una posición ideal fija de la casa con respecto al suelo. La construcción puede encontrarse «a plomo», (es decir, en equilibrio interno), aun sobre un suelo en pendiente pronunciada, gracias a la escuadra, que justamente habrá rectificado los peligros que la inclinación primitiva del terreno hacía correr a la solidez del conjunto del edificio

todos los recuerdos opresivos y dolorosos que despierta.

Y nuestra posición de investigadores se complica aún más cuando comprobamos que muchos de los que no se encuentran oficialmente comprometidos con una u otra de las dos posiciones defensivas precedentes vacilan a menudo y alternativamente entre un rapto sádico que los inclina a favor de las normas «autoritarias», o un guiño demagógico hacia las susceptibilidades «contestatarias». Este movimiento pendular de anulaciones sucesivas presenta el riesgo no sólo de volver mudos a esos profesionales, sino, sobre todo, de hacerles perder todo coraje científico o toda capacidad de investigación.

Sin embargo, la noción de «normalidad» se halla tan ligada a la vida como el nacimiento o la muerte, al utilizar el potencial del primero tratando de retrasar las restricciones de la segunda, en la medida en que toda normalidad no puede sino coordinar las necesidades pulsionales con las defensas y las adaptaciones, los datos internos hereditarios y adquiridos con las realidades externas, las posibilidades caracteriales y estructurales con las necesidades relacionales.

Y en la actualidad parece ser que el peligro principal no reside tanto en el conocido riesgo de que la noción teórica de normalidad sea usurpada en beneficio de los poderosos o los soñadores, sino en la negación por los pesimistas, que sirven sutilmente al instinto de muerte, del conjunto de los elementos reguladores internos que permiten a los humanos (siempre limitados) disponerse interiormente para procurar no la ilusión de la omnipotencia o la felicidad, sino al menos zonas de eficiencia y bienestar suficientemente sólidas y constantes, en medio de sus necesarias imperfecciones y sus no menos obligatorios conflictos interiores.

Llegaríamos así a una síntesis bastante aproximada a la del hombre de la calle que cree, muy sabiamente sin duda, que cualquier ser humano se halla en un «estado normal», sean cuales fuesen sus problemas personales profundos, cuando consigue manejarlos y adaptarse a sí mismo y a los demás, sin paralizarse interiormente dentro de una prisión narcisista, ni hacerse rechazar por los demás (prisión-hospital-asilo), a pesar de las inevitables divergencias a que se expone en su relación con ellos.

Mi intento actual de definir la noción de la «normalidad» está lejos de satisfacerme por entero, aunque más no fuera por su extensión; pero hasta el presente me ha parecido difícil reducir el número de sus parámetros.

Intento de definición:

La persona verdaderamente «sana» no es simplemente la que se declara como tal, ni mucho menos un enfermo que se ignora, sino un sujeto que conserva en sí tantas fijaciones conflictuales como la mayoría de la gente, que no haya encontrado en su camino dificultades internas o externas que superen su equipo afectivo hereditario o adquirido, sus facultades personales de defensa o de adaptación, y que se permita un juego bastante flexible de sus necesidades pulsionales, de sus procesos primario y secundario tanto en los planos personales como sociales, evaluando la necesidad con exactitud y reservándose el derecho de comportarse de manera aparentemente «aberrante» en circunstancias excepcionalmente «anormales».

Por lo tanto, será necesario insistir en que las nociones de «normalidad» y «estructura» son independientes. En efecto, la observación cotidiana ha demostrado ampliamente que una personalidad considerada «normal» puede entrar en cualquier momento de su vida en el ámbito de la patología mental, incluída la psicosis, y que, a la inversa, un enfermo mental, incluso psicótico, que recibe un tratamiento correcto y precoz, conserva intactas sus oportunidades de retornar a una situación de «normalidad». De manera que actualmente, ya no nos atrevemos a oponer de manera demasiado simplista las gentes «normales» a los «enfermos mentales» cuando consideramos la estructura profunda. Ya no nos dejamos embaucar por las manifestaciones exteriores, por estridentes que sean, correspondientes al estado (momentáneo o prolongado) en que se encuentra una estructura verdadera, y no un cambio real de esta estructura en sí misma.

Si nos limitamos, en un primer momento al menos, a lo que en mis hipótesis personales llamo «*estructuras estables*» (es decir, psicóticas o neuróticas), parece evidente que dentro de una línea estructural psicótica, existen tantos términos de transición entre «psicosis» y cierta forma de «normalidad» adaptada a la estructuración de tipo psi-

cótico, como los que existen dentro de una línea estructural neurótica entre «neurosis» y cierta forma de «normalidad» adaptada a la estructuración de tipo neurótico.

Sin duda, un ejemplo podría ilustrar de manera mucho más precisa mis palabras:

Obs. n.º 1

René tiene 38 años. No tiene conocimiento de ningún antecedente médico notable. Alto, delgado, no parece ni muy fuerte físicamente, ni muy cuidadoso de su persona, ni muy atento a lo que pasa a su alrededor. René ha sido el hijo único de un padre bastante mayor y taciturno, notario en un pueblecito, y de una madre mucho más joven, autoritaria y bastante agresiva.

Ha crecido fundamentalmente entre esta madre, su tía (hermana de la madre) y la abuela materna, en cuya casa se alojó durante los años de sus estudios secundarios y sus comienzos en la Universidad.

Esos estudios fueron excelentes, al estar René dotado de un muy elevado cociente intelectual, pero se eternizaron debido a que René no acababa de decidirse por una orientación definida ni por una carrera precisa. Se graduó muy pronto en la orientación literaria de la Escuela Normal superior, pero no por eso dejaba de buscar certificados de capacidad en todos sentidos, principalmente certificados «científicos» que obtenía fácilmente, y se permitió incluso un giro momentáneo hacia el campo del Derecho. Al ganar un concurso de la Agregación de Letras, aceptó finalmente un puesto en un gran liceo parisino, pero al cabo de algunos años, y mientras continuaba todavía enseñando en clases preparatorias, fue designado para un puesto importante en la administración central.

Simultáneamente, proseguía ciertas investigaciones matemáticas y escribía poemas. Ponía de manifiesto a la vez un gran eclecticismo y muy escasos elementos pasionales; se permitía pocas distracciones, pero no se aburría.

La mayoría de sus colegas, casados y padres de familia, considerados «normales» por el hecho de que pasaban sus veladas en cócteles o espectáculos de moda, los domingos en las carreteras suburbanas, los martes de carnaval en Val-d-Isère, las Pascuas en casa de sus suegros y los meses

de agosto en España, lo consideraban a *él* como un «original», simpático pero algo inquietante. En efecto, frente a él todo el mundo se sentía más o menos cuestionado, y pronto cada uno acababa por proyectar sobre René la inquietante extrañeza que éste hacía nacer en el otro, dentro del frágil sistema de ideal colectivo adoptado por los miembros del grupo considerado «normal» por simples razones estadísticas o ideales.

René experimentaba deseos sexuales, pero en la mayoría de los casos se las arreglaba para poner entre la mujer y él distancias tranquilizantes o dificultades apaciguadoras.

Sin embargo, y luego de muchas vacilaciones, acabó casándose con una viuda joven, inteligente, activa y simpática, pero a quien las gentes consideradas «normales» en esa época reprochaban que no se sometiera a los gustos del momento.

René experimentó un difícil comienzo conyugal: su madre no se mostraba favorable a ese matrimonio; por su parte, los suegros «mimaban» excesivamente a la pareja; finalmente, René comenzó a sentir durante algunos meses una especie de «bola» que subía y bajaba, y que le oprimía al nivel de la laringe. La «nuez», le decían, sin duda riendo, los amigos que habían leído tratados de divulgación psicoanalítica. Y efectivamente, dadas las difíciles circunstancias matrimoniales, la broma parecía muy acertada.

Luego la pareja se creó una vida independiente, poco original en relación con lo que los demás llaman «originalidad», pero bastante original, sin embargo, si nos referimos a lo que la mayoría suele denominar apresuradamente «normalidad».

Nacieron tres hijos, educados de una manera «curiosa»: es decir que a vecinos, padres y amigos les chocaban las libertades de que disfrutaban. Sin embargo, sus padres no les abandonaban del todo, y los niños no parecían sufrir en absoluto en medio de las actividades «bohemias» de esta familia que sigue sin tener otra cosa que una antigua vivienda (en un barrio poco cotizado), un automóvil curioso (de una marca extranjera poco conocida), una casa para las vacaciones poco confortable en una campiña encantadora pero sin prestigio, una situación financiera siempre complicada a pesar de un buen salario y algunos suplementos, etc.

René y su esposa son invitados frecuentemente a casa de colegas o parejas que han conocido en viajes o actividades culturales diversas, no porque ellos experimenten la necesidad de brillar o entretenerse en sociedad sino porque, especialmente René, se muestra interesado —gracias a su mayor cultura y su espíritu abierto— por las zonas de inversiones narcisistas más diversas que encuentra en sus anfitriones.

Por su parte, René y su esposa reciben fácilmente y sin una particular necesidad de ostentación a quienes simplemente tienen deseos de ver, sin sentirse, por otra parte, particularmente violentos si por razones prácticas deben incorporar a un superior o a un colega menos simpático, pero bien situado.

¿René es «normal» o no?

Sin ninguna duda, se trata de una estructura edípica con una fijación materna bastante importante que ha fijado las inversiones afectivas dentro de ciertos límites difícilmente franqueables. Pero una vez planteado esto, podemos comprobar en principio que no se ha producido ninguna descompensación neta, y a continuación, que al parecer no hay motivos para temer ninguna amenaza de descompensación, ya que el conjunto de los mecanismos de defensa y adaptación parece funcionar con una evidente flexibilidad y una indiscutible eficacia, teniendo ciertamente en cuenta la realidad exterior, pero también, y en primer lugar, las realidades *internas* del sujeto, tanto de sus talentos como de sus sectores eventualmente amenazados.

Por lo tanto, yo consideraría el caso de René como una estructura al mismo tiempo neurótica edípica y genital (lo que no es, desde luego, una enfermedad en sí misma, sino una categoría fundamental de funcionamiento psíquico) y como un caso *bien adaptado* en el seno de ese grupo de estructuras.

2. *PATOLOGIA Y «NORMALIDAD»*

En el curso de los últimos decenios, diferentes autores se han dedicado a estudiar la dialéctica normalidad-patología.

E. MINKOWSKI (1938), pone de relieve el carácter subjetivo de la noción de «*norma*», que sin embargo suele sobreentenderse como un simple acuerdo con las necesidades y las realidades de la existencia. Se pone el acento en la relación con los otros, aunque el carácter principal del estudio se mantiene dentro de una óptica más especialmente fenomenológica.

E. GOLDSTEIN (1951) se orienta de entrada en una dirección bastante peligrosa al referirse a las nociones de «orden» y de «desorden» que preparan toda una sucesión de juicios de valor que resulta siempre engorroso formular, o incluso simplemente intentar, en el marco de la psicopatología; efectivamente, la unidad de medida corre automáticamente el riesgo de ser considerada más en relación con las escalas del grupo de los observadores que con una escuela establecida en función de los datos *interiores* del sujeto observado.

G. CANGUILHEM (1966) se refiere a diversos trabajos de los años anteriores: A. COMTE (1842) quien, apoyándose en el principio de BROUSSAIS presenta la enfermedad como exceso o defecto con relación al estado «normal»; Claude BERNARD (1865), para quien toda enfermedad no es otra cosa que la expresión conflictiva de una función «normal»; LERICHE (1953), para quien no existe umbral previsible entre lo fisiológico y lo patológico, con lo que la salud podría definirse sintéticamente como el estado de silencio de los órganos; JACKSON, finalmente, para quien la enfermedad se halla constituída por una privación y una reorganización ligadas a una disolución y una regresión, ideas que retoma H. EY quien precisa el orden de disolución, de la enfermedad, de las funciones mentales a partir de lo que ha sido adquirido más recientemente en la maduración ontogénica del sujeto. G. CANGUILHEM define la enfermedad como la reducción del margen de tolerancia en relación con las infidelidades del medio. «Normalidad» sería también sinónimo de «*adaptación*», y esta idea comporta matices que permitirían a G. CANGUILHEM incluir algunos estados considerados por otros como «patológicos» dentro de los límites de lo «normal», en la medida en que esos estados pueden expresar una relación de «normatividad» con la vida particular del sujeto.

M. KLEIN (1952) nos propone, en toda evolución psicogenética del niño, una posición persecutoria primitiva seguida de una posición depresiva más o menos edípica. La primera posición, sobre todo, procedería obligatoriamente de mecanismos económicos de tipo psicótico, y toda patología ulterior no podría sino tener en cuenta las fijaciones arcaicas en esas fases obligatorias para todos. Si bien estamos de acuerdo en no considerar «normal» a una estructura que haya seguido una evolución infantil a todas luces privilegiada, también nos resulta difícil concebir, cuando atendemos neuróticos o estados límites, que todos los individuos hayan atravesado un período en el que su Yo se ha constituído inicialmente de acuerdo con un modelo psicótico, en el sentido preciso que continuaremos dando a ese término, es decir, en una auténtica economía de fraccionamiento, verdadera *organización* estructural, y no una mera etapa, laguna o imperfección evolutiva.

A. FREUD (1968) creyó poder definir la normalidad en el niño a partir de la manera en que se establecen poco a poco los aspectos tópicos y dinámicos de la personalidad, y de la forma en que se producen y se resuelven los conflictos pulsionales.

C. G. JUNG (1913) ha intentado, por una parte, presentar los aspectos complementarios de los personajes míticos de Prometeo (el que piensa *antes*) y Epimeteo (el que piensa *después*), es decir el introvertido y el extrovertido, refiriéndose a las obras de Carl SPITTELER y de W. GOETHE. La «normalidad» estaría vinculada a la unión de esas dos actitudes que C. G. JUNG considera cercana a la concepción brahmánica del símbolo de unión. Por otra parte, el autor compara las nociones de *adaptación* (someterse a su entorno), *inserción* (ligada a la noción única de entorno) y *«normalidad»*, que correspondería a una inserción sin fricciones, destinada simplemente a cumplir condiciones objetivamente fijadas. Lo patológico aparecería a partir del momento en que el individuo saliera del marco de sumisión al entorno que corresponde a la «inserción», reservada a ese único círculo. Nos parece que este concepto es similar al que describiré en otro momento, con referencia al movimiento de depresión anaclítico del estado límite, dado que en

este caso el individuo corre el riesgo de abandonar el círculo restrictivo pero tranquilizador de lo familiar fálico.

J. BOUTONIER (1945) ha mostrado el pasaje de la angustia a la libertad en el individuo que ha llegado a ser «normal», a pesar de que la maduración afectiva, fundamento de toda «normalidad» auténtica, es definida por el Dr. ANZIEU (1959) como una actitud desprovista de ansiedad con respecto al inconsciente tanto en el trabajo como en el ocio, la aptitud para hacer frente a las inevitables manifestaciones de este inconsciente en todas las circunstancias en que la vida pueda colocar al individuo.

R. DIATKINE (1967) ha propuesto considerar como una señal de anormalidad el hecho de que el paciente «no se sienta bien» o «no sea feliz», e insiste, por otra parte, sobre la importancia de los factores dinámicos y económicos internos en el curso del desarrollo del niño, en lo concerniente a las posibilidades de adaptación y de recuperación, la tendencia a la limitación o la extensión de la actividad mental, y las dificultades con las que se encuentre en la elaboración de las fantasías edípicas. R. DIATKINE nos advierte contra la confusión tan frecuente entre el diagnóstico de estructura mental y el diagnóstico de normalidad psicopatológica. Esta preocupación ya no tiene, aparentemente, razón de ser. Efectivamente, un diagnóstico de estructura psíquica estable, en el sentido en que la defino a lo largo de todo este estudio, puede plantearse independientemente de toda referencia a la patología, en tanto que el diagnóstico de «normalidad» implica, por el contrario, un examen de la manera como el sujeto se entiende con su propia estructura psíquica.

Para R. DIATKINE, no es posible hallar en el adulto la llamada estructura «normal». Toda situación nueva con la que se enfrenta un individuo pone en cuestión su equilibrio psíquico, y el autor estudia alternativamente las dificultades que puede expresar este sufrimiento en el niño, según las edades y los estadios de maduración. Trata de determinar la gama de los pronósticos relacionales ulteriores, e incluye del lado de los elementos perturbadores todas las restricciones de actividades u operaciones mentalmente nuevas, en particular los sistemas regularmente repetitivos, más o menos irreversibles.

C. CHILAND (1966) ha retomado un punto de vista paralelo al demostrar que los niños, cuyo poder normativo es el más desarrollado, no están sin embargo exentos de ciertos signos de la línea neurótica o fóbica. Lo que serviría de criterio de normalidad sería, más que un simple diagnóstico de estructura, la flexibilidad del pasaje de un buen funcionamiento situado al nivel de lo real, a un buen funcionamiento situado al nivel fantasmático. Este punto de vista se revela productivo en el plano de la reflexión cuando se lo compara con las conclusiones a las que han arribado en patología escolar africana LEHMANN (1972), LE GUERINEL (1970) o MERTENS DE WILMARS (1968) con niños que, al tropezar con la ambigüedad producida por dos modelos culturales muy diferentes propuestos por la realidad, experimentaban justamente dificultades reales para franquear el paso entre una buena integración de lo real y una buena elaboración fantasmática; sin duda los problemas psicopatológicos verificados se orientan en el sentido de las hipótesis de C. CHILAND, quien precisa (1965):

«*Nuestro objetivo no es necesariamente hacer del niño un individuo conforme a lo que su medio, su familia, la escuela o la sociedad esperan de él, sino hacerle capaz de acceder a su autonomía y su felicidad con la menor cantidad posible de limitaciones.*»

P. BOURDIER (1972), finalmente, ha analizado diferencias lógicamente previsibles entre las «normas» de una mujer y las de un hombre, por ejemplo, o entre las asumidas por niños de edades diferentes. Un niño de cuatro años podría comportarse como un «loco» siendo completamente «normal», en tanto que en período de latencia los mismos síntomas desencadenarían una viva inquietud en el psiquiatra. Por otra parte, un niño «normal» de cuatro meses no percibiría el deceso de su madre si se le interpusiera un sustituto válido, en tanto que un niño de quince meses «normal» se hallaría muy perturbado por el hecho de no poder agredir a la madre y volver a verla intacta un momento después; en cuanto a un niño «normal» de seis años se satisfaría con el sufrimiento propio del trabajo de duelo.

A. HAYNAL (1971) muestra la dificultad de aplicar al dominio psíquico los habituales criterios de «normalidad»

que se refieren a la adaptación, la felicidad, la expansión, etc., y la importancia de la relatividad sociológica de la noción de «normalidad», tanto en el hombre como en las sociedades animales, en las que deben tenerse más en cuenta las condiciones ecológicas y la densidad territorial de la colectividad en cuestión.

Por otra parte, hay comportamientos raros que no son sin embargo anormales. Como lo señala J. de AJURIAGUERRA (1971) a propósito de un texto de KUBIE: «*La salud es un estado estadísticamente raro y sin embargo en absoluto anormal.*»

Me parece conveniente reconsiderar ahora los conceptos freudianos que conciernen a la noción de «normalidad», y que, en nuestra opinión, pocas veces se han tenido en cuenta.

En este terreno, como en muchos otros que se refieren a la psicología, tanto «normal» como «patológica», S. FREUD ha significado un viraje importante en la manera de pensar de los psicopatólogos. Antes y después de sus informes teóricos y clínicos las concepciones habían cambiado radicalmente; lo que seguramente no quiere decir, como ya veremos, que antes de S. FREUD nadie haya escrito sobre estos temas, ni tampoco que S. FREUD haya tenido la posibilidad y el tiempo de agotar tal estudio.

De sus *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (1905), de su *Formulación de dos principios del funcionamiento mental* (1911) y de sus *Cinco psicoanálisis* (1905-1918) podemos retener tres postulados:

1. Toda la psicología del adulto tiene sus fuentes en las dificultades experimentadas a nivel del desarrollo de la *sexualidad infantil.*
2. Son las *pulsiones inhibidas,* sexuales y agresivas, las que crean los síntomas.
3. El modo como se vive la *etapa organizadora* de la personalidad (es decir, el Edipo), depende esencialmente de las condiciones del *medio ambiente.*

Por otra parte, las precisiones que S. FREUD aporta en textos menos conocidos no invalidan en absoluto esos tres postulados: en sus *Caracteres psicopáticos en el teatro* (1906) muestra que la inhibición se cumple en el

carácter no patológico, en tanto que ese resultado falta en el carácter patológico; pero el término «patológico» se limita aquí exclusivamente al sentido de *neurótico*. En *Algunos tipos de caracteres descubiertos en la labor psicoanalítica* (1915) estudia las excepciones: los que fracasan ante el éxito y los criminales por sentimiento de culpabilidad exclusivamente por referencia a la economía edípica, superyoica, genital y castradora, o sea, a la línea neurótica. En el *Final del Edipo*, S. Freud (1923) llega a declarar que lo que distingue lo normal de lo patológico reside en la desaparición o no del complejo de Edipo; dicho de otra manera, rehusa la categoría de «normalidad» a toda estructura no neurótica e incluso, al parecer, a una estructura neurótica en la que la represión del Edipo hubiese actuado sólo de manera parcial. Exige la desaparición completa del complejo. En sus *Tipos libidinales* (1931), finalmente, trata de «cubrir la distancia que supuestamente existe entre lo normal y lo patológico» mediante la distinción de tres tipos básicos: el erótico, el narcisista y el obsesivo, que se combinarían habitualmente en sub-tipos: erótico-obsesivo, erótico-narcisista y narcisista-obsesivo; el tipo teórico erótico-obsesivo-narcisista representaría, según FREUD, «*la absoluta normalidad*, la armonía ideal». Pero aparentemente FREUD se deja atrapar por el engaño de la universalidad de las apelaciones «neuróticas», ya que si bien sus pertinentes descripciones del obsesivo y del narcisista-obsesivo corresponden acertadamente a economías de neurosis obsesiva, y el tipo erótico a economías neuróticas histéricas, parecería que bajo la cobertura del tipo erótico-narcisista, más que neurosis describe estados límites; bajo la cobertura del tipo narcisista, caracteriales logrados; y finalmente prepsicóticos bajo la cobertura del tipo erótico-obsesivo (en este caso el acento recae sobre las defensas antipsicóticas más que sobre las incertidumbres del Yo).

En este último artículo, más tardío dentro del conjunto de su obra y que avanza más profundamente en la búsqueda de los elementos dialécticos entre normalidad y patología, S. FREUD trata de ir lo más lejos posible en el reconocimiento de fenómenos no patológicos que impliquen sin embargo inflexiones particulares en el modo de inversión de la libido en cada tipo descrito. Pero FREUD

se halla prisionero de su gran descubrimiento: *la economía genital edípica y neurótica*, a la que reduce, por cierto que con algo de insatisfacción, la mayor parte de sus otras descripciones clínicas.

Efectivamente, antes de FREUD los humanos se dividían habitualmente en dos grandes categorías psíquicas: los «normales» y los enfermos mentales (entre los que se incluían en bloque los neuróticos y los psicóticos). El gran mérito de FREUD consiste en haber demostrado mediante sus trabajos revolucionarios sobre la economía neurótica que no existía ninguna solución de continuidad entre ciertos funcionamientos mentales considerados «normales» y el funcionamiento mental considerado «neurótico». Todos los grados existen y los mecanismos siguen siendo, en el fondo, los mismos; sólo difieren, en mayor o menor medida, la adecuación y la flexibilidad del juego de esos mecanismos. Infortunadamente, S. FREUD no se aventura mucho más allá del terreno neurótico. Describe como neurosis un indiscutible estado límite como el de «el hombre de los lobos» (1918), y conocemos su renuncia a abordar a los psicóticos, sus vacilaciones en la discusión de los datos nosológicos que concernían al Presidente SCHREBER (1911).

Si bien al final de su vida escribió, en *Compendio de psicoanálisis* (1940), que era *«imposible "establecer" científicamente una línea de demarcación entre estados normales y anormales»*, S. FREUD, como todos aquellos que de manera más o menos inequívoca han permanecido fijados exclusivamente en las posiciones de su época, pensó durante mucho tiempo que la división no se planteaba entre normales por una parte y enfermos (neuróticos o psicóticos reunidos) por otra, sino, entre neuróticos y normales (que corresponden a los mismos mecanismos conflictuales y defensivos), por una parte, y por otra el grupo de los «no normales», que abarca todo el resto; ese «resto» al que se alude de manera imprecisa con la denominación de psicóticos y prepsicóticos diversos, o bien más diversificados en psicosis concretas, pero también en estados límites, caracteriales, perversos, etc.

Me propongo ir aún más lejos: parto del punto de vista de que es posible distinguir, por una parte, las estructuras auténticas, sólidas, fijas y definitivas (psicó-

ticas o neuróticas) y por otra las organizaciones intermediarias (estados límites) menos especificadas de manera duradera y que pueden originar disposiciones más estables (enfermedades caracteriales o perversiones).

En lo que concierne al primer grupo, podemos considerar que existen tantos términos de trancisión entre «normalidad» y psicosis descompensada en la línea estructural fija psicótica como entre «normalidad» y neurosis descompensada en la línea estructural fija neurótica. Por el contrario, en lo que concierne al segundo grupo definido como intermediario, veremos enseguida que es difícil considerar una *real «normalidad»*, debido a la intervención de enormes contra-inversiones energéticas antidepresivas y permanentes (justamente, en razón de la precariedad de la adaptación a las realidades internas y externas) y de la inestabilidad profunda de tales organizaciones, que no están realmente estructuradas en el sentido definitivo y pleno del término.

Así pues, reservaríamos la noción de «normalidad» a un estado de adecuación funcional feliz solamente en el interior de una estructura fija, ya sea neurótica o psicótica, en tanto que la patología correspondería a una ruptura del equilibrio dentro de la misma línea estructural.

Nos parece útil un ejemplo clínico:

Obs. n.º 2

Georges tiene 42 años. Es director de un Liceo. No sabemos casi nada de su primera infancia, que dice recordar muy poco y sobre la que no desea hablar. Quedó huérfano de madre y luego, muy pronto, de padre. Le adoptó entonces una familia amiga de sus padres, conducida por una mujer autoritaria, rígida y poco afectiva.

Muy bien educado en el plano funcional, realizó estudios altamente satisfactorios. Se reveló como un adolescente bastante precoz en el plano intelectual, como un estudiante meticuloso, y luego como un docente muy atento y racional. Sus cualidades de precisión, orden y razonamiento teórico, su sentido de la autoridad, el derecho y el método le valieron un rápido avance administrativo a pesar de algunas asperezas en las relaciones con sus alumnos o colegas.

A los veinticinco años se casó con una mujer de la misma edad. También docente, igualmente autoritaria y bastante rígida. Tuvieron dos hijos que parecen gozar de buena salud, pero que muy pronto fueron colocados en pupilaje a cierta distancia por su «bien» aparente y racional.

La pareja evolucionó en grupos de investigación profesional e incluso filosófica bastante audaces (pero sin dejar de ser específicamente burgueses), y a menudo ocupó sus noches, sus domingos y sus momentos libres con el pretexto de reuniones o de cursillos diversos orientados hacia técnicas, posiciones o ideas cuidadosamente seleccionadas de manera tal que se opusieran siempre al pensamiento común de los colegas del mismo establecimiento.

Podríamos ver a Georges como un ejemplo de sujeto «original», es cierto, pero de apariencia normal, bien adaptado a sus realidades internas y externas. Los principales mecanismos de defensa que hemos adelantado hasta ahora pueden considerarse de tipo obsesivo.

Pero he aquí que, durante una sesión de «dinámica de grupo» organizada por su Academia, George es el sujeto de más edad y de mayor jerarquía del grupo en el que participa. El animador, conocido por su ambivalencia respecto de la Universidad, disfruta en cierta medida al verlo vacilar en sus argumentos, aunque le cree capaz de defenderse. El moderador, aún mucho más cáustico con respecto a la autoridad y deseoso de complacer a los agresivos, se abstiene de intervenir. Así es como George recibe sin ninguna precaución particular (ni preparación, desde luego), toda la descarga agresiva del grupo. Inmediatamente se siente presa de un malestar interno, y no sabe ya con claridad quién es, dónde está, ni qué hace. Huye de la sesión, y, muy excitado, recorre la pequeña ciudad en que ésta se desarrolla, creyéndose perseguido por cualquiera que use uniforme.

Cuando se requieren los servicios de un médico interviene un amigo que reside en los alrededores: lleva a Georges a su casa, y lo confía a un psiquiatra conocido que ordena reposo al paciente, lo atiende primero con medicamentos y sedantes, y luego lo envía a un psicoanalista.

Actualmente, Georges evoluciona bien. Ha retomado todas sus actividades profesionales, pero sus relaciones sociales han mejorado, y sus aspectos reivindicativos se han corregido.

Sin embargo, se trata sin ninguna duda de una estructura psicótica; el tratamiento analítico ha identificado transferencia fusional, angustia de fraccionamiento, e importantes negaciones de la realidad. Esta estructura, hasta entonces no descompensada y que había permanecido en los límites de una indiscutible «normalidad», ha «estallado» repentinamente ante una agresión externa demasiado poderosa en relación con las defensas habituales del sujeto. Esta circunstancia ha originado la despersonalización y el delirio. Georges ha pasado del estado «normal» al estado «patológico» sin que su estructura profunda varíe. Las defensas de modo obsesivo han cedido momentáneamente ante la intensidad de la agresión practicada por lo real; y le ha resultado imposible negarlo, porque las anulaciones obsesivas de las representaciones pulsionales ya no resultaban suficientes. De esta manera, Georges se ha transformado en un «enfermo», sin cambiar la forma estructural de su Yo. Se ha «curado» después sin variar el estado profundo del Yo, y por lo tanto su línea estructural, gracias a un tratamiento que permitió el restablecimiento de defensas más adecuadas, sin modificar sin embargo su modo de organización mental subyacente.

3. *LA «NORMALIDAD» PATOLÓGICA*

Hemos visto la posibilidad de considerar por una parte cierta «normalidad» y por otra las manifestaciones patológicas, en función de un modo de estructuración fijo y preciso.

Pero las cosas parecen complicarse un poco cuando nos vemos en la necesidad de describir las personalidades llamadas «pseudo-normales», y que no corresponden justamente a una estructura estable ni definitiva, tal como ocurría cuando nos referíamos a las estructuras de la línea neurótica o de la línea psicótica. En el interior de estas últimas líneas, bien definidas en su evolución, los sujetos

se defienden de la descompensación por medio de una adaptación que atañe tanto a su propia economía como a los diferentes factores de originalidad: como veremos más tarde, esa adaptación provee a sus comportamientos relacionales de elementos singulares que constituyen simples «rasgos de carácter». Por el contrario, las personalidades «pseudo normales» no se hallan así estructuradas en el sentido neurótico ni en el psicótico, sino que se constituyen, a veces de manera bastante duradera aunque siempre precaria, según diversos mecanismos, no muy originales, que obligan a esos sujetos a «jugar el rol de la gente normal», e incluso a veces «al hipernormal» más que al original, con tal de no descompensarse en la depresión. Se trata, de alguna manera, de una necesidad protectora de hipomanía permanente. Volveré a referirme a ello a propósito de los estados límites y de las neurosis de carácter en particular. Pero el sentido común detecta fácilmente, luego de un cierto tiempo de exitosa superchería y en circunstancias sociológicas diversas, a esos líderes de escasos recursos constructivos, a los cuales otras tantas personas decepcionadas narcisísticamente se aferran durante el tiempo más o menos prolongado de una ilusión. Esos personajes luchan con ardor, en nombre de un ideal o un interés cualquiera más o menos idealizado, simplemente contra su inmadurez estructural y sus frustraciones, y contra la depresión, cuyo peligro no consiguen sin embargo aventar definitivamente. Incluso son a veces, y de manera pasajera, verdaderos «genecitos» para su familia, su barrio o su pueblo, o bien para su medio de vida o de trabajo, en tanto su hipomanía pueda corresponder a las necesidades narcisistas del contexto social. Pero no resisten una prueba duradera de confrontación con los otros o con lo real.

Tendré ocasión de precisar nuevamente, a propósito de la noción de «estructura», que en psicopatología no podemos confundir los diversos modos de funcionamiento mental remitiéndonos sólo a sus aspectos fenomenológicos y superficiales. Corresponde oponer las verdaderas «*estructuras*» (neuróticas o psicóticas con o sin jerarquía patológica) a las simples *organizaciones*, menos sólidas y que luchan en todo momento contra la depresión mediante diversas artimañas caracteriales o psicopáticas que superan

el marco de lo que hemos definido anteriormente como adecuado a los parámetros de «normalidad», es decir, de adaptación económica interna a la realidad íntima del sujeto.

Las verdaderas estructuras no originan personalidades «pseudo normales» pero, según permanezcan o no libres de rupturas patológicas, pueden conducir alternativamente a los que definimos, con CANGUILHEM, como estados sucesivos de adaptación, desadaptación, readaptación, etc.

Por el contrario, las simples organizaciones se comportan de manera muy diferente: en caso de traumatismo afectivo más o menos agudo, esas organizaciones pueden, (en la mayoría de los casos) o bien hundirse en la depresión, o bien evolucionar hacia una estructuración más sólida y más definitiva de tipo neurótico o psicótico. Pero con excepción de tales accidentes afectivos, su estado corriente no puede denominarse «normal» sin restricciones, ya que parece corresponder a una defensa energética psíquica mucho más importante y mucho más costosa en el plano de las contrainversiones necesarias para apaciguar el narcisismo.

Efectivamente, esta clase de organización no se beneficia ni de la categoría neurótica de los conflictos entre el Super-yo y las pulsiones, con todos los compromisos estables posibles, ni, como en la línea psicótica, de una operación de laminación del Yo que aporta también una relativa estabilidad. En nuestras organizaciones «límites», comprobamos una lucha incesante para mantener en un anaclitismo obsesivo la seguridad narcisista que cubra los permanentes riesgos depresivos. Tales exigencias narcisistas obligan al estado límite, a las diversas afecciones caracteriales o al perverso a mantener la religión de un Ideal del Yo que induce a ritos de comportamiento muy por encima de los medios libidinales y objetales realmente disponibles al nivel de la realidad del Yo. Ello conduce al sujeto simultáneamente a imitar a los personajes ideales prototipos de «normalidad» en el plano selectivo, y también a imitar a los personajes que representan el porcentaje más elevado cuantitativamente de casos semejantes entre sí en el grupo cultural al que aspira.

Nos hallamos pues muy cerca del modo de funcionamiento mental que D. W. WINNICOTT (1969) designa ba-

jo los nombres de «Self artificial», o de «falso Self», y que describe como organizaciones de defensas más eficaces contra la depresión. Nos hallamos también muy cerca de lo que, como consecuencia de la filosofa alemana de la «Als Ob» (con E. VAIHINGER), H. DEUTSCH (1934) ha definido bajo el término de personalidades «as if». Esas descripciones de un carácter «simili» o «como si» alcanzaron cierta celebridad porque corrèsponden a una realidad clínica frecuente y poco señalada hasta entonces, pero también debemos reconocer que parte de su éxito proviene de la carencia de referencias más precisas a una organización económica profunda, distinta de la economía estrictamente neurótica, lo que no inquieta demasiado a los espíritus analíticos defensivamente aferrados a la ortodoxia del dogma (atribuído a S. FREUD) de la infalibilidad organizadora del Edipo.

El estudio presentado por H. DEUTSCH es igualmente interesante en el plano descriptivo: hiperactividad reaccional, apego a los objetos externos y a los pensamientos del grupo, con dependencia afectiva pero sin permitirse sin embargo una desinversión objetual seria, gran labilidad ante los conflictos exteriores, pobreza afectiva y poca originalidad, dada la movilidad de sus inversiones y su nivel superficial.

C. DAVID (1972) ha descrito variadas formas clínicas en el seno de tales actitudes, y ha acentuado la tendencia a somatizar, los elementos caracteriales, la sobrevalorización de la acción, el aspecto patológico no aparente del narcisismo (Super-yo formalista, Ideal del Yo sádico, necesidad del éxito a cualquier precio), la necesidad de hiperadaptación a la realidad (estimulada por la sociedad), el aspecto en realidad carencial de la adaptación (con un único objetivo), la abrasión de las pulsiones, la angustia subyacente y el aspecto artificial de las aparentes sublimaciones. En síntesis, C. DAVID piensa que los dos fundamentos principales de esos «pseudonormales» están constituídos por la debilidad narcisista y el fracaso de la repartición entre inversiones narcisistas y objetales.

Me parece que la siguiente observación clínica corresponde particularmente a este tipo de descripción:

Obs. n.º 3

Cuando tuve conocimiento del caso de *Julien*, éste acababa de cumplir 50 años. Hijo de un artesano modesto y anodino y de una madre estúpida, pretenciosa, inquietante, Julien fue educado en el odio a los ricos, en el temor y a la vez la devoción con respecto a la gente de buena situación, en la admiración tanto del tío canónigo (que ha llegado a ser «alguien») como del hermano mayor que había contraído matrimonio con la hija del pastelero a quien servía de aprendiz. Al igual que ese hermano mayor y las dos hermanas, Julien comienza a trabajar muy pronto con un comerciante de la región. Al mismo tiempo, y siguiendo los consejos de un camarada mayor que él, se las arregla para seguir cursos nocturnos y preparar un diploma de contabilidad que le permite, gracias a la recomendación del padre de ese compañero, entrar en un banco. Dado que es joven, soltero, no tiene muchas ocupaciones, es tan idealista como agresivo y no le gusta estar solo por las noches, se convierte rápidamente en el «delegado» de sus colegas para todas las tareas paraprofesionales a las que los otros empleados no están dispuestos a consagrar su tiempo libre. Milita en un medio sindicalista tan violento verbalmente como conservador en sus opciones latentes. Esta actuación le hace posible entablar relaciones simpáticas y tranquilizadoras con sectores diversos y ganar fácilmente tanto los sufragios de sus colegas como la complicidad tácita de sus directores.

Siempre en acción, en lucha (verbal), en discursos, desplazamientos, conferencias o negociaciones, recoge la admiración de toda su familia, incluso el tío y el hermano mayor antes envidiados. Poco a poco consigue hacerse de un nombre en los periódicos locales, ayudado por añadidura por algunas libaciones en los cafés instalados frente a las salas de redacción y que por ello permanecen abiertos hasta altas horas de la noche.

De manera que se convierte en consejero de esto, delegado de aquello, entra luego a la municipalidad y más tarde al consejo general; finalmente, gracias a un escrutinio que oscila entre un candidato saliente demasiado desgastado en cuanto a su persona, y un adversario demasiado marcado en cuanto a sus ideas, Julien llega a colo-

carse en una posición tranquilizadora que le favorece en la primera vuelta y en la segunda le asegura una confortable mayoría.

Y es así como llega a ser diputado por una circunscripción oscura, pero donde organiza tan bien su propaganda personal que ningún partido importante se atreve a inquietarle. Se habla del «feudo» de Julien. Todos llegan a acuerdos con él, nadie se le opone...

No puede quedarse quieto. La mujer con la que se había casado por azar en el curso de su ascensión social, al detenerse por un momento en uno de los peldaños (del que ni siquiera se acuerda), continúa educando modestamente a sus tres hijos y distribuyendo su tiempo entre las tareas domésticas, los llamados telefónicos (*«No, el señor Julien no está aquí, llamadle el sábado al Ayuntamiento»*), y el café que bebe sobre el hule de la cocina con vecinas vulgares.

Julien vive en París con su «secretaria», viuda de un amigo de Julien, antiguo militante de los primeros días, quien tras las huellas de Julien y sus colegas se ha readaptado a los restaurantes pródigos, los teatros del Boulevard y los «deshabillés» vaporosos.

¿Puede haber un hombre más feliz que Julien? ¿A quién podría declararse más «normal», más logrado?

Ahora bien, he aquí que un maremoto de apariencia política pero con raíces más profundas barre a quienes no han sabido comprometerse lo bastante pronto en un sentido o en otro. Julien no es reelegido, a pesar de sus esfuerzos de última hora y las promesas fastidiadas de sus amigos, cada vez menos calurosos. Pierde al mismo tiempo a su amante, que es ahora la «secretaria» de uno de sus antiguos colegas, ya que supo reconsiderar a tiempo sus opciones y reelegir fríamente una nueva etiqueta de moda.

Debe regresar a su región, junto a su esposa anodina, retomar un empleo. ¿Cuál? La gente lo mira con una penosa ironía. Hasta sus hijos le agreden con un desprecio que él no puede soportar.

Julien se derrumba. Se angustia, siente disgusto por sí mismo, no come y adelgaza. Se altera su sueño y su pulso se acelera. No le encuentran nada médicamente objetable, pero de todas maneras lo internan en una clí-

nica. Sin éxito. La depresión va en aumento. Una noche corre la noticia de que se ha matado en su automóvil. Los testimonios coinciden: Julien se ha arrojado prácticamente contra un árbol al volver a su casa luego de que un amigo rehusara asociarse con él en una empresa comercial con la que esperaba volver a emprender (bajo la protección de ese amigo) un nuevo ascenso social.

Evidentemente, Julien no era un psicótico. Pero tampoco había llegado nunca a constituir una verdadera estructura neurótica, edípica o genital. Había permanecido bloqueado entre esas dos líneas, en una situación bastante inestable. Tenía necesidad de ocultar su inmadurez afectiva bajo la cobertura de un éxito social brillante y continuamente renovado. Al mismo tiempo disimulaba su débil potencia genital bajo agresiones verbales compensatorias. El episodio con su amante constituía más un aspecto exterior de triunfo social y de pseudo-sexualidad que una verdadera inversión genital adulta.

Si no hubiera debido enfrentarse repentinamente con una herida narcisista inesperada, ante la cual se encontró demasiado desprovisto, Julien hubiera podido seguir bien adaptado durante mucho tiempo. Se enfermó cuando su decoro narcisista cedió y cuando la pobreza de sus intercambios afectivos dejó de ser disimulable por los mecanismos utilizados hasta entonces.

En este momento crucial, Julien fue incapaz de encontrar otros medios de plantear el cambio, y ya no estaba en condiciones de dar *solo* el paso que le hubiese conducido a una mayor sinceridad para consigo mismo.

Si los médicos que le buscaron en vano una enfermedad orgánica hubieran descubierto la inmensa angustia afectiva oculta detrás de su perturbación corporal y le hubiesen tratado o hecho tratar en psicoterapia, Julien no hubiera tenido ninguna necesidad de desaparecer. Sin ninguna duda, gracias a sus grandes cualidades y a su energía, hubiera podido reencontrar por sí mismo orientaciones nuevas — y más estables— de realización de sus necesidades afectivas reales, que no tenían nada de reprochable ni de especialmente espantoso.

Pero el interrogante sigue abierto: en su etapa de éxitos, es decir, en el momento del logro de sus contrainversiones costosas, narcisistas y antidepresivas (y no de una

adaptación a una estructura estable), ¿cabía considerar que Julien respondía al concepto de «normalidad»? El precio con que pagaba sobre el plano energético la necesidad de sentirse reconocido como «normal» a los ojos de sus instancias *ideales* y a los de la mayor *cantidad* de sus semejantes —un precio, por otra parte, tan elevado en el plano de las contrainversiones—, ¿puede colocarse dentro de los límites considerados «normales»? La pobreza de sus inversiones objetales, la precariedad del potencial adaptativo de sus defensas, así como las inhibiciones referidas a sus satisfacciones libidinales, ¿se mantienen en el registro de lo «normal»? En algún momento de su vida, ¿realizó Julien una organización afectiva centrada sobre sus originalidades y necesidades propias, en lugar de considerar exclusivamente la imagen que ofrecía a la mayoría de los demás y que se ofrecía a sí mismo en el plano de las exigencias ideales que ahogaban sus deseos y necesidades económicas profundas?

La necesidad, experimentada como narcisistamente esencial, de conformarse a un ideal o a una mayoría del «grupo-que-tranquiliza»[1], ¿es un síntoma de normalidad?

D. ANZIEU (1969) piensa que en los grupos es posible determinar la inercia inherente a la naturaleza de cada individuo, a sus comportamientos adaptativos o no ante una transformación de los hábitos, los conocimientos o los métodos empleados hasta entonces. La ansiedad engendrada se opone frecuentemente a la adaptación. La autorregulación interna necesaria ante los movimientos del grupo sólo puede obtenerse gracias a las posibilidades adaptivas personales de cada uno de los miembros, teniendo en cuenta las actitudes y las motivaciones individuales como modo de comunicación de su potencial de movilidad.

C. CHILAND (1971) confirma que no encuentra en el niño estructura «normal», y que frecuentemente los niños

1. Sin duda el valor subyacente permanece ligado al registro familiar, pero la repetición social puede muy bien distanciarse de la «mayoría» de un conjunto demasiado importante para buscar tranquilidad en la «mayoría» de un grupo más reducido, particularmente si este último grupo se sitúa en posición «anti» en relación con el conjunto. Así se puede satisfacer (al menos en parte) simultáneamente a la *defensa*, es decir, la necesidad de seguridad en el grupo elegido (incluso el más pequeño), imagen de la familia ideal, y la *tendencia*, es decir, el deseo de agredir al grupo grande, imagen de la familia oprimente.

que «van mejor» tienen una estructura profunda de tipo neurótico.

Como lo señalaba C. DAVID (1972), conviene recordar el consejo de Henri MICHAUX: *«No te apresures en la adaptación, guarda siempre reservas de inadaptación.»*

¿Tenemos derecho a plantear un segundo problema que conjugue al mismo tiempo los criterios más auténticos en el plano de las realidades íntimas y la consideración de relaciones más diversificadas y menos angustiadas con la realidad externa? La «normalidad» no es fundamentalmente inquietarse por el «¿cómo hacen los otros?», sino simplemente buscar a lo largo de toda la existencia, sin demasiada angustia ni demasiada vergüenza, la mejor manera de manejar los conflictos con los demás y los conflictos personales, sin alienar sin embargo ni el propio potencial creador ni las necesidades íntimas.

4. *«NORMALIDAD» Y STANDARIZACIÓN*

Corresponde que nos preguntemos cómo puede establecerse la patogenia del comportamiento «pseudo-normal», demasiado centrado a la vez sobre un ideal y sobre una mayoría.

También tenemos derecho a plantearnos una segunda pregunta que, a pesar de las apariencias, se vincula estrechamente con la primera: en nuestros días, y en función de diversos factores actuales, ¿no tiende el individuo más hacia lo «standard» que hacia lo «normal»?

En efecto, en un momento en el que el mercado comercial reemplaza poco a poco los antiguos productos artesanales, a veces excelentes y otras muy inconstantes, por artículos standarizados (alimentación, artículos del hogar, amoblamiento, construcción, etc.), cuyos atributos son sin duda inferiores al refinamiento, pero sin embargo, y en general, superiores a la mediocridad, no sería sorprendente observar que paralelamente, el ser humano se sacrificara a la misma necesidad de seguridad, de conformidad, de polivalencia mal diferenciada en su propia utilización de sí mismo.

Creo que un libro reciente de B. BETTELHEIM (1971), *Les enfants du rêve,* parece muy indicado para proporcio-

narnos elementos que nos permitan responder a esas dos preguntas. Y al mismo tiempo, el texto citado nos invitaría a reflexionar sobre las consecuencias de una evolución que también puede producirse entre nosotros y que tiende a reducir sensiblemente los límites inferiores y superiores de la gama de posibilidades de maduración afectiva de las individualidades en un grupo educativo standarizado.

La obra de B. BETTELHEIM aparece como un verdadero estudio experimental de la génesis de la «pseudonormalidad» en un medio contemporáneo natural, aunque enteramente compuesto a partir de elementos artificiales (tanto doctrinales como coyunturales), que ciertamente no hallan su origen exclusivamente en el azar, y que no tenemos la intención de juzgar. Allí podemos discernir una anticipación o una simple caricatura de lo que comienza a darse en algunos de nuestros nuevos conjuntos suburbanos[1].

La experiencia se desarrolla en los kibutz de Israel. Se trata de padres trasplantados pero que han elegido libremente intentar la experiencia de un nuevo modo de vida. El kibutz, en tanto que organización comunitaria lograda, ejerce un control completo sobre la vida de sus miembros, desde el momento de su nacimiento. A cambio, les asegura protección y se hace cargo de ellos totalmente. La educación se desarrolla en una forma comunitaria absoluta que resta toda iniciativa a los padres pero les evita también todo error,[2] toda fuente de frustración o conflicto familiar. Separados de su madre desde el quinto día, y destetados a los diez meses, los niños del kibutz llegan a la adolescencia en un medio ambiente en el que sus compañeros revisten mucha más importancia para su desarrollo afectivo que cualquier adulto. Los grupos de vida son mixtos: chicos y chicas conviven plenamente, tanto en los dormitorios como en los servicios, pero toda manifestación sexual les está totalmente prohibida hasta que salgan del kibutz, a la edad

1. Desgraciadamente, las cosas se nos presentaron, en el plano experimental, de manera mucho menos aséptica, en razón de la persistencia, sumada a condiciones nuevas, de infraestructuras socioculturales vetustas que perturban los datos del estudio de las consecuencias de los factores de adquisición más reciente.

2. Al menos, todo error podría ser imputado, *après coup*, a los padres.

de 18 años, que es cuando se inicia el servicio militar para los dos sexos.

Los testimonios, acerca de los cuales no tenemos ninguna razón para alimentar sospechas, concuerdan en la comprobación de que este sistema no engendra ni drogadictos, ni delincuentes, y muy pocos niños cuya afectividad se vea perturbada caracterial o precozmente en un grado importante.

Las conclusiones de una encuesta realizada a escala nacional en Israel, y referida al nivel escolar de los niños de los kibutz, revelan logros absolutamente «medios», con tan pocos resultados superiores como deficientes. B. BETTELHEIM (1971) piensa que la influencia reveladora del kibutz parece haber mantenido en un nivel medio decoroso a los alumnos *(podemos deducirlo por la alta performance general)* que tenían potencial suficiente como para contarse entre los mejores. De la misma manera, ha operado una nivelación hacia arriba en el caso de los menos dotados. Una vez más parece que el sistema de educación favorece los resultados medios, o, dicho de otra manera, al grupo.

En el plano genital, el kibutz adopta una posición bastante puritana, no por condenar la sexualidad en sí y por principio, sino por mostrar continuamente al joven que una realización demasiado precoz de sus deseos en ese plano necesariamente perjudica energéticamente o afectivamente al grupo, y B. BETTELHEIM reconoce que el mensaje que el joven recibe es que tener relaciones sexuales está «mal». Los niños del kibutz experimentan en numerosos terrenos una libertad mucho mayor que los otros niños de su edad, en particular en la educación del aseo personal, pero B. BETTELHEIM estima que sufren una mayor inhibición en todo lo que concierne a la sexualidad. Por otra parte, debemos señalar que la vergüenza (ascendencia narcisista) juega un rol mucho más activo en relación con el grupo, en las descripciones propuestas, que la culpabilidad (ascendencia edípica y genital) con respecto a los padres o a sus sustitutos.

Por último, merece destacarse un último punto referido al comportamiento militar de los habitantes de los kibutz: B. BETTELHEIM piensa que «juntos, pueden sentirlo todo, hacerlo todo, serlo todo; librados a sí mis-

mos, parecen muy poco capaces». Durante los períodos de guerra lucharon muy valientemente, no cabe duda; sin embargo, el porcentaje anormalmente elevado de pérdidas en sus filas atrajo la atención del estado mayor israelí, que consideró que comparados con sus camaradas de otros orígenes estos jóvenes carecían de juicio y de flexibilidad, de capacidad de adaptación a las situaciones imprevistas y cambiantes.

Lo que podemos extraer de este notable estudio nos permite refutar fácilmente los temores de patología colectiva o sistemáticamente individual en el interior del kibutz. Pero no podemos dejar de asociar, en muchos terrenos, el funcionamiento mental del kibutz con la organización psíquica de tipo anaclítico no descompensada que hemos descrito extensamente en el curso de otros capítulos del presente trabajo. Como lo testimonia B. BETTELHEIM, entre los niños del kibutz no se da el alto porcentaje de procesos psicopáticos más o menos precoces que invade nuestros consultorios o nuestros servicios hospitalarios de paidopsiquiatría. Sin duda entre los niños en cuestión deben hallarse algunos sub-equipamientos afectivos o sensorio-motores notables, pero podemos suponer que incluso en esos casos (y con mayor razón en los casos de muy buen equipo hereditario) la ausencia precoz de los padres, y de la madre en particular, y más tarde su sustitución por una nurse colectiva neutra, competente y «standard», no permite que en torno del niño pequeño se constituya la tríada previa al establecimiento precoz de una estructuración psicótica: déficit personal + frustraciones muy precoces + toxicidad maternal importante y prolongada. Al faltar automáticamente los dos últimos factores, no nos sorprende que el pequeño educado en un kibutz tenga muy pocas oportunidades de convertirse en psicótico.

Sin embargo, la situación de absoluto apuntalamiento en el seno del grupo que le sitúa en un estadio de aparente «normalidad» mucho más tempranamente que los otros niños, ha de jugar, sobre el terreno de la evolución edípica ulterior, en su contra, para mantenerle en una relación de objeto de modo anaclítico bastante estrecha que dificulta el acceso a una dialéctica triangular genital. Esto es lo que ha comprobado y descrito B. BETTELHEIM (1971);

y es lo que encontramos en nuestras organizaciones «límites».

La «normalidad» de tales sujetos corresponde, en el plano de la organización afectiva interna, a la necesidad de restablecer continuamente, por medio del apoyo en el otro, un narcisismo que enfrenta permanentemente el peligro de debilitamiento, tanto si tiende a convertirse en objeto sexual como en rival edípico.

D. ANZIEU (1971) ha mostrado cómo la situación grupal podía implicar el riesgo de pérdida de identidad del sujeto. A la inversa, podemos considerar que el grupo opera también una especie de «salvataje» colectivo del individuo que tiene dificultades de identificación, pero al precio del renunciamiento a ciertos aspectos originales, así como a la soledad de los resultados de los procesos identificatorios individuales tales como se desarrollan habitualmente en el sujeto que puede aceptar la responsabilidad de una cierta independencia.

Me parece que aquí se sitúa todo el problema económico del «pseudo-normal»: haber evitado perturbaciones importantes de la infancia pero no poder acceder a un status de adulto lo bastante sólido estructuralmente como para hacerle independiente en el plano de las necesidades libidinales y de sus relaciones objetales; la consecuencia tópica de esta carencia económica se manifiesta en la sobreinversión de un Ideal del Yo pueril, y su consecuencia dinámica en la orientación más o menos exclusivamente narcisista que se ofrece a las inversiones pulsionales; por otra parte, J. B. PONTALIS (1968) estima que el grupo puede llegar a reemplazar el objeto libidinal al convertirse él mismo en objeto libidinal en el sentido psicoanalítico del término, lo que, en nuestra opinión, sigue siendo mucho menos inquietante para el narcisismo individual, pero estimula enojosamente al sujeto a no buscar más auténticos objetos libidinales fuera del círculo demasiado restringido del grupo.

Ya no se favorece la originalidad, y ¿podemos acaso seguir hablando de «normalidad» en el sentido pleno del término sin respeto a la originalidad?

5. *EDIPO Y «NORMALIDAD»*

Las reflexiones precedentes conducen inevitablemente a plantearnos una cuestión sumamente embarazosa, que quizás corramos el riesgo de ser incapaces de responder sin apelar, conscientemente o no, a juicios de valor o a opciones ideales.

Si adoptamos como hipótesis de trabajo el riesgo de definir la «normalidad» como una adaptación considerable a los datos estructurales internos estables y exteriores móviles, nos vemos obligados a considerar como «normales» los comportamientos más o menos originales de todas las estructuras, neuróticas o incluso psicóticas, no descompensadas. Ahora bien, si aceptamos la «normalidad» de las estructuras psicóticas bien adaptadas, ¿seguímos conservando la posibilidad de rehusar la etiqueta de «normalidad» a todo ese grupo de organizaciones antidepresivas, anaclíticas y esencialmente narcisistas, cuya superchería en las defensas acabamos de escribir como «pseudonormalidad», «falso yo», «personalidades como si» y anaclíticas que no pueden existir fácilmente fuera de ese grupo? Exceptuando, claro está, todo episodio mórbido, una organización de tipo «estado límite» ¿es menos «normal» que una estructura psicótica? El hecho de que sea menos sólida parece cierto para los clínicos, pero, ¿menos normal?

Los resultados de las investigaciones más prudentes conducen a pensar que hay, en términos generales, en las poblaciones de nuestras ciudades, un tercio de estructuras psicóticas y un tercio de organizaciones más o menos anaclíticas (*Op. Cit.*, C. CHILAND, 1971, pp. 180-183).

Otras estimaciones concuerdan con la cifra de psicóticos pero varían en sentido descendente la cifra de los neuróticos (alrededor de un 20 % solamente) y ascendente la cifra de las organizaciones intermediarias (alrededor de un 50 %).

¿Así que debiéramos eliminar del campo de la «normalidad» a más de un tercio de nuestros contemporáneos? Aún más: dado que, incluso fuera de toda opción política clara y deliberada, las próximas generaciones, en función de la inevitable evolución socioeconómica «grupal» y a la imagen del kibutz, afrontarán menos riesgos de evoluciones psicóticas, pero más dificultades para acce-

der a un Edipo organizador, veremos sin duda que el porcentaje de disposiciones anaclíticas aumentará de año en año en una población media. ¿Habrá, en consecuencia, cada vez menos gentes «normales»?

El aspecto irónico de la cuestión no disimula sin embargo la gravedad del problema: en realidad, lo que se plantea es toda la función «normativa» de la *organización por el Edipo;* no simplemente el conocimiento o el reconocimiento de una vivencia edípica en el inconsciente, sino la estructuración de la personalidad cuando se verifica el pasaje a la posición triangular *con un objeto y un rival sexuales* plenamente investidos como tales, y las consecuencias estructurales irreversibles que ulteriormente derivan de ella.

Definida así con todo rigor, ¿es indispensable la organización por el Edipo? ¿Podemos estimular con plena conciencia y plena claridad sistemas educativos, políticos, económicos, sociales, incluso filosóficos, que limitan sin duda los riesgos de psicotización precoz pero vuelven aleatorio el acceso a un estadio edípico auténtico?

¿Está comprobado que la organización por el Edipo sea indispensable para una vida feliz?

El dilema parece insoluble: ¿debemos contentarnos con un «bueno» para la mayoría, establecido a partir de un múltiplo común mínimo situado por debajo de las posibilidades de muchos, o por el contrario, es preciso tender hacia un «mejor», siendo al mismo tiempo perfectamente conscientes de que (como en el refrán) lo «mejor» puede ser enemigo de lo «bueno» y reservado a algunos, los pocos que sabrían y podrían alcanzarlo, al precio del sacrificio de los más modestos en el plano de la organización psíquica de base?

Apenas había planteado yo esta cuestión en términos muy pragmáticos, pero sin embargo demasiado severos para ser propuestos a las mal definidas presiones de las pasiones públicas, cuando, bajo forma aparentemente teórica, se desplegó un feroz movimiento de multitudes que corrían al asalto de la fortaleza edípica, fantasmáticamente concebida (tal la imagen negativamente idealizada de la Bastilla en 1789) como colmada de los inestimables tesoros secretos del Poder, de las víctimas innumerables

de la Injusticia y de los más ardientes defensores del Capitalismo (aquí analítico).

Sería demasiado fácil declarar, sin demostrarlo, que, después de la «antipsiquiatría», el «anti-edipo» se limita, como novedad esencial, a su manera sumamente violenta de presentar la hábil combinación de críticas justificadas ya muy antiguas por una parte, con errores científicos no menos antiguos por otra, pero que ahora se han trasladado al plano de la sociopolítica, y que por lo tanto son más difíciles de denunciar para los no-especialistas.

Trataré de situarme a otro nivel y de mantenerme dentro del estricto marco de este estudio, al considerar las reflexiones que respecto del concepto de «normalidad», sugieren las posiciones de G. DELEUZE y F. GUATTARI (1972), en su *Anti-Edipo.*

Es evidente que los psicoanalistas que pretendían ser los freudianos más fieles se han limitado durante mucho tiempo al estudio y al tratamiento de los «neuróticos». ¿Tal vez en algunos casos describían o atendían bajo ese nombre, fenómenos que distaban mucho de ser *estructuras* auténticamente neuróticas? Sin embargo, parece aún más fastidioso pensar que la ortodoxia analítica no solía considerar como un sólido «patrón-oro» de normalidad sino el «capital edípico» que el sujeto había alcanzado. Tanto en el sujeto como en el analista, la hábil manipulación del Edipo se convertía en el equivalente de una buena operación bursátil. Los valores sanos y seguros sólo podían ser edípicos.

Sin embargo, los poseedores del saber y del poder genital-edípico no ignoraban las dificultades de las organizaciones mentales más modestas, pero se sentían menos equipados o menos motivados para remediarlas, en la medida en que los «normales» (los «recuperables», en suma) sólo podían contarse, en su opinión, entre los edípicos («de sangre», o arrepentidos).

Las reacciones ante estos abusos (y esta falta de prudencia) no se hicieron esperar: un primer grupo de contestatarios se contentó con aprovechar aportes socioculturales que facilitaran la imitación; fueron los «advenedizos» a un pseudo-estadio genital, los que simplemente se vistieron a la moda edípica, los anaclíticos del «como si»... Los aristócratas del Edipo no siempre advirtieron

la trampa, la alianza desdichada. La falsa genitalización edípica se vivió muy a menudo sólo como un homenaje que se rendía a la raza de los elegidos del Edipo. De un lado y otro la complicidad se estableció sobre la base de un orden esencial y tranquilizador que había que mantener: la primacía del Edipo no podía discutirse como criterio de «normalidad». Los depresivos no han planteado a G. DELEUZE y F. GUATTARI problemas más serios que a los freudianos «integristas». Los corderos no inquietan jamás a los pastores.

Pero habíamos olvidado un segundo grupo de «descarriados» con relación a esta nueva burguesía edípica de la segunda generación freudiana: las estructuras psicóticas y las organizaciones perversas. Los segundos, que niegan ariscos su adhesión a los verdaderos edípicos, y los primeros, que son sinceros cuando declaran no experimentar la preeminencia de esa especie de patrón afectivo-triangular, y hallarse en perfectas condiciones de prescindir de su aspecto relacional particular, que los girondinos del Edipo declaran obligatorio para acceder a la «normalidad».

En una reflexión limitada a los aspectos de matiz de la noción de «normalidad», sería sin duda riesgoso dejarse arrastrar a una querella o a una polémica cuyos sostenedores permanecen en un dominio más afectivo que científico.

Si bien sigo sosteniendo mis hipótesis que proponen una concepción de la «normalidad» ligada al buen funcionamiento interno y externo de tal o cual estructura, al mismo tiempo sitúo mis criterios en total independencia respecto de los modos específicos de estructura; dicho de otra manera, no me preocupo a priori de saber si se trata de una estructura edípica o no.

Sin embargo, fiel a mi manera de enfocar la estructura, no podría acordar la categoría de estructura a un modo de funcionamiento mental que no estuviera establecido sobre bases suficientemente sólidas y constantes; por lo tanto, debería asumir los riesgos de recibir muchas críticas, al no reconocer una «normalidad» de funcionamiento a las simples organizaciones frágiles e inestables de tipo anaclítico, tales como las he descrito en el cuadro del «tronco común organizado» de los estados límites. La

existencia de una «pseudo-normalidad», defensiva pero poco capaz de proporcionar seguridad, no parece plantear dudas para el psicopatólogo.

La distinción se hace más delicada cuando se trata de acondicionamientos, ya sea de modo caracterial o de modo perverso, menos frágiles que el «tronco común». Puede parecer sumamente peligroso rehusar la categoría de «normalidad» a esas organizaciones mentales, cuando debemos tener en cuenta la presión de movimientos recientes de opinión que reivindican, bajo motivos manifiestos diversos, no sólo libertades frente a los Super-yo individuales o colectivos molestos, sino una «normalidad» cuyo verdadero sentido latente constituiría de hecho una rúbrica al fracaso de la madurez pulsional, tanto como el reconocimiento de derecho de un logro objetal al simple nivel del objeto parcial, la pulsión parcial, y la relación de objeto parcial.

Hace un momento criticaba a los aristócratas del Edipo, y sé que una posición de cariz liberal opuesta a la suya, que consistiera en condenar el principio de la primacía del Edipo y en incluir los modos perversos y caracteriales en el grupo de los «normales» posibles, me aseguraría en la actualidad un éxito fácil. Una tentación demagógica más o menos consciente de no ir más allá me ahorraría sin duda muchas dificultades frente a los turbulentos del momento, si no denunciara al mismo tiempo la ilusión económica de la «pseudo-normalidad» en todas sus formas, incluso las más sutiles y las más refinadas. Efectivamente, el contexto socio-cultural aparece frecuentemente como cómplice, tanto por satisfacción «voyeurista» como por debilidad de expresión de un Yo individual y colectivo que en el fondo nunca encuentra en él provecho alguno, y en realidad no está del todo de acuerdo con el pauperismo afectivo de moda, sea cual sea la forma militante y racionalizada bajo la que ese pauperismo se proponga al buen corazón de los numerosos indecisos.

La paradoja de nuestra posición sigue siendo, pues, la de aceptar una posibilidad de «normalidad» tanto en las estructuras neuróticas no descompensadas como en las estructuras psicóticas no descompensadas, pero al mismo tiempo declinar la solicitud de complicidad, el guiño, que

nos proponen las frágiles organizaciones narcisistas intermediarias para ser admitidas en el mismo marco de las «normales» posibles, cuya estabilidad se limitan a imitar al precio de astucias psicopáticas variadas, renovadas sin cesar y profundamente costosas y alienantes.

Desde el mismo punto de vista, una estructura psicótica no descompensada[1] es mucho más *verdadera*, mucho más rica en potencial de creatividad, mucho menos «alienada» *con relación a sí misma* que un frágil acondicionamiento caracterial que se contenta con simular la posesión de ese modo más consistente de estructura y que altera simultáneamente una parte importante de su originalidad, es decir, de lo que hubiera debido constituir una base auténtica y sólida de funcionamiento mental en relación con los matices, los intereses y las deficiencias naturales de las realidades internas y externas bajo sus aspectos subjetivos, elaborativos e intersubjetivos.

Igualmente, una estructura psicótica no descompensada sería mucho más «verdadera», y lo mismo ocurriría con un acondicionamiento perverso, cuyo campo de creatividad, el juego pulsional, la paleta de las relaciones objetales, se hallen trabados por la feroz negación defensiva y ofensiva del sexo femenino, en medio de una rigidez de inversiones que no permite ningún matiz, ninguna variación, ninguna riqueza de temas fantasmáticos o de modos relacionales del pensamiento y la expresión.

Una estructura psicótica no puede presentar la flexibilidad de las economías genitales en el juego de las inversiones libidinales a ese nivel, pero las inversiones narcisistas complementarias de la estructura psicótica son, sin embargo, mucho más flexibles en sí mismas que las que encontramos en el mismo registro de los anaclíticos «límites», caracteriales o perversos. Esta posibilidad de mutaciones narcisistas variadas se refleja, por ejemplo, en las agudezas o las creaciones artísticas propias de los

1. La «descompensación» corresponde para mí a la ruptura del equilibrio original que haya podido establecerse en tal acondicionamiento particular, en el seno de una estructura estable de base, entre inversiones narcisistas y objetales. Tal equilibrio (en tanto no hay descompensación) sería pues tributario de dos niveles de limitaciones: la economía general inducida, por una parte, por la estructuración de base, y por otra parte el acondicionamiento original particular del sujeto propiamente dicho en el interior mismo de su subgrupo de estructura específica.

psicóticos. Mientras sigue siendo «normal», el psicótico conserva, ante una desinversión difícil de soportar, posibilidades de recuperarse en otra inversión narcisista tan brutal y total como la primera; la economía anaclítica carece de recursos tan fácilmente intercambiables.

Por otra parte, un individuo «normal» puede, en cualquier momento, convertirse en «anormal» y descompensarse sin que su status anterior de «normalidad» se vea afectado por ello; a condición de que no se trate de una organización simplemente anaclítica. De la misma manera, fuera de la línea anaclítica todo «anormal» conserva la posibilidad de volver a ser «normal» sin que el observador pueda ser considerado culpable de diagnósticos sucesivos y en apariencia contradictorios.

En conclusión, no puedo sino renovar mi adhesión a la hipótesis retomada por R. DIATKINE (1967), según la cual toda noción de «normalidad» debe entenderse independientemente de la noción de estructura. Me contentaría con agregar una corrección para precisar que los «acondicionamientos» narcisistas de los estados intermedios no pueden, aparentemente, construir una «estructura», y por ende, entrar en las múltiples combinaciones funcionales de la «normalidad», en tanto que su Yo no se encuentre más sólidamente establecido (paradójicamente, incluso en un sentido psicótico, con la condición de que no haya descompensación).

Sin embargo, si bien es posible reconocer la independencia de la noción de «normalidad» con relación a la noción absoluta de «estructura», también debemos reconocer la independencia de esta misma noción de «normalidad» en relación con una idea posible de jerarquía de las estructuras en el sentido madurativo, elaborativo y relacional de las diferentes funciones del Yo.

Se puede ser «normal» sin haber alcanzado el nivel edípico, pero a condición de haber realizado una estructura verdadera; sin embargo, la estructura de tipo edípico debe situarse de todas maneras a un nivel elaborativo superior al de la organización estructural psicótica.

Toda jerarquía estructural sólo puede reposar sobre la integridad de las bases narcisistas de la constitución del Yo, la extensión de las posibilidades creadoras y relacionales, el modo principal, genital o no, parcial o total,

de relación objetal, la integración, *activada* o no, de las pulsiones parciales bajo la primacía del genital, y de las pulsiones agresivas bajo la primacía del Eros.

Tales matices son independientes de la categoría funcional de «normalidad» en la práctica, pero en razón de ello podemos muy bien concebir jerarquías madurativas de «normalidades»: una «normalidad psicótica» puede parecer menos elaborada en el plano relacional que una «pseudo-normalidad caracterial», por ejemplo; no por eso es menos cierto que el primer modo de funcionamiento elemental corresponde a una adecuación pulsional más conforme a las necesidades reales, a un funcionamiento bastante sólido que tiene en cuenta la autenticidad de la estructura, y que el segundo ejemplo sólo puede corresponder a una simple imitación menos estable, aun cuando el juego operacional exterior parezca más rico en la superficie.

Pero así nos alejamos del registro «particular» de la «normalidad» tal como habíamos intentado definir la noción (ante todo desde un punto de vista funcional), para entrar en el juego de la comparación de elementos que conciernen a otros dominios y no específicamente a la «normalidad».

La «normalidad» de un sujeto de determinada estructura no puede compararse jerárquicamente (al permanecer justamente sobre el plano exclusivo de la «*normalidad*») con la «normalidad», forzosamente muy diferente, de otro sujeto que corresponde a otro modo de organización mental.

Podemos establecer una jerarquía de las maduraciones sexuales, los niveles de elaboración de los procesos mentales, los grados alcanzados por la fuerza del Yo, los niveles de constitución del Super-yo, las posibilidades de relación o de independencia objetal, etc. No es posible considerar paralelamente dos organizaciones funcionales originales que hayan alcanzado sus posibilidades de «normalidad», para deducir de allí alguna ordenación. Podemos constatar las diferencias, pero no clasificar de acuerdo a un rango de realización.

Para cerrar este capítulo, quisiera también tranquilizar a quienes teman que, en el esquema teórico y general de mis hipótesis, clasifico los comportamientos humanos en

tres categorías estancas y exclusivas de una manera demasiado tajante, radical y sistemática.

Creo que mis desarrollos ulteriores sobre las diferencias entre, por ejemplo, los rasgos de carácter, carácter neurótico y patología del carácter servirán para precisar y sobre todo matizar mi pensamiento. En efecto, no se trata de clasificar automáticamente en un depósito intermedio, a modo de caos informal, toda organización sospechosa de presentar algún aspecto llamado «caracterial», y negar al mismo tiempo los componentes «caracteriales» obligatorios de toda estructura auténtica, ya sea neurótica o psicótica. Pero también es cierto que existen numerosas deficiencias narcisistas secundarias en «circuito abierto» —diferentes de la organización genital del funcionamiento mental y diferentes también de las deficiencias narcisistas primarias precoces— y «en circuito cerrado», que se encuentran en las estructuras psicóticas.

Esas organizaciones en las cuales prima ante todo la búsqueda narcisista que tiende a dominar el objeto, el anaclitismo y la separación del objeto son las que no pueden, en mi opinión, entrar en el marco de la «normalidad» auténtica.